

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano, 9 de agosto de 2020



LA PAZ SOLO
FLORECERÁ
SIN ARMAS
NUCLEARES

En el 75º aniversario de la explosión en Hiroshima de la primera bomba atómica, el Papa en un mensaje dirigido al Gobernador de la Prefectura de Hiroshima, Hidehiko Yuzaki, reiteró que el mundo solo puede aspirar a la paz sin armas nucleares, ya que, como ya dijo en su visita a esta localidad japonesa el año pasado, «el uso de la energía atómica con fines bélicos es inmoral, así como la posesión de armas nucleares es inmoral». «Sigo llevando en mi corazón el anhelo de los pueblos de nuestro tiempo, especialmente de los jóvenes, que tienen sed de paz y hacen sacrificios por la paz. Llevo también el grito de los pobres, que siempre están entre las primeras víctimas de la violencia y los conflictos», apunta el Pontífice en su mensaje. El día 5 de agosto, Francisco visitó la Basílica de Santa María la Mayor, con ocasión de la fiesta de la Dedicación de la basílica. Se detuvo ante la imagen de la Salus Populi Romani (en la imagen) y confió a la Virgen las muchas situaciones de dolor que lleva en su corazón, entre ellas, la actual en el Líbano, duramente golpeado por las recientes explosiones

Ante la pandemia de COVID-19

Un gesto de caridad del Papa

La compleja crisis provocada por la pandemia de COVID-19 no impidió la celebración de la reunión anual del Consejo de Administración de la Fundación Populorum Progressio, celebrada los días 29 y 30 de julio de 2020 en modalidad telemática, durante la cual, además de analizar las consecuencias causadas por la pandemia de coronavirus en la región de América Latina y el Caribe, se seleccionaron 138 de los numerosos proyectos de desarrollo social presentados, centrándose principalmente en los que tienen por objeto contribuir a mitigar sus efectos a corto y mediano plazo, desarrollados por las comunidades y regiones más necesitadas.

Además de éstos, otros 30 proyectos de ayuda alimentaria, ya en funcionamiento, fueron aprobados por el Consejo de Administración en junio, en respuesta a una petición del Papa Francisco, en virtud de la colaboración entre la Fundación y la Comisión Vaticana COVID-19, establecida por el Pontífice en el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, en colaboración con otros Dicasterios de la Curia Romana y otros organismos, con el fin de expresar la preocupación y el amor de la Iglesia por toda la familia humana ante esta pandemia. Por consiguiente, el total es de 168 proyectos en los que participan 23 países de América Latina y el Caribe.

La reunión fue presidida por el obispo Javier del Río Alba, arzobispo de Arequipa (Perú), como presidente de la Junta Directiva. El P. Luis Ferney López y el equipo operativo de la Secretaría aseguraron el perfecto desarrollo de la reunión.

El Presidente de la propia Fundación, el Cardenal Peter K.A. Turkson, Prefecto del Dicasterio para el Servicio de Desarrollo Humano Integral, al que está encomendada la Fundación, intervino en la reunión para agradecer y animar a sus miembros a seguir trabajando con dedicación y entusiasmo en nombre de quienes necesitan su apoyo en esta difícil situación. Muy significativa fue también la participación del secretario del Dicasterio, Mons. Bruno-Marie Duffè, quien en su mensaje destacó que "no se trata de prepararse para el futuro, sino de preparar el futuro", citando al Papa Francisco y que "la caridad de la Iglesia debe ser un testimonio de fe y esperanza y la solidaridad debe ayudarnos a transformar el miedo en esperanza".

Como es habitual, a esta reunión anual asistieron activamente representantes del Comité de Intervenciones Caritativas en favor del Tercer Mundo de la



Conferencia Episcopal Italiana, que financia la mayoría de los proyectos aprobados. Asimismo, estuvieron presentes delegados de Cross Catholic Outreach, una organización caritativa estadounidense que ha estado financiando un número importante de ellos desde 2018. Se dio una bienvenida especial al coordinador de proyectos para América Latina de la organización española Manos Unidas que, por primera vez, estuvo presente en la reunión con el fin de sentar las bases de un compromiso conjunto entre la Fundación y la ONG de desarrollo de la Iglesia Católica y de voluntarios que desde España promueve miles de iniciativas en todo el mundo. No menos significativa fue la presencia del sacerdote Paulo César Barajas, de la Archidiócesis de Guadalajara, México, quien ha trabajado en el Dicasterio durante muchos años y colaborará con la Fundación.

Ante esta crisis de proporciones globales que estamos viviendo, estos proyectos pretenden ser un signo tangible de la caridad del Papa, así como un llamamiento a todos los cristianos y personas de buena voluntad para practicar cada vez mejor la virtud de la caridad y la solidaridad, asegurándose de que durante esta pandemia "nadie se quede atrás", como el Santo Padre el Papa Francisco ha pedido.

ANDREA MONDA
Director

SILVINA PÉREZ
Responsable de la edición semanal

Edición para Panamá

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
www.osservatoreromano.va

Via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono 39 06 698 99410, ed.espanola@ossrom.va Servicio fotográfico photo@ossrom.va

Panorama Católico
Productor ejecutivo
redaccion@panoramacatolico.com

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Los pueblos indígenas en tiempos de covid-19

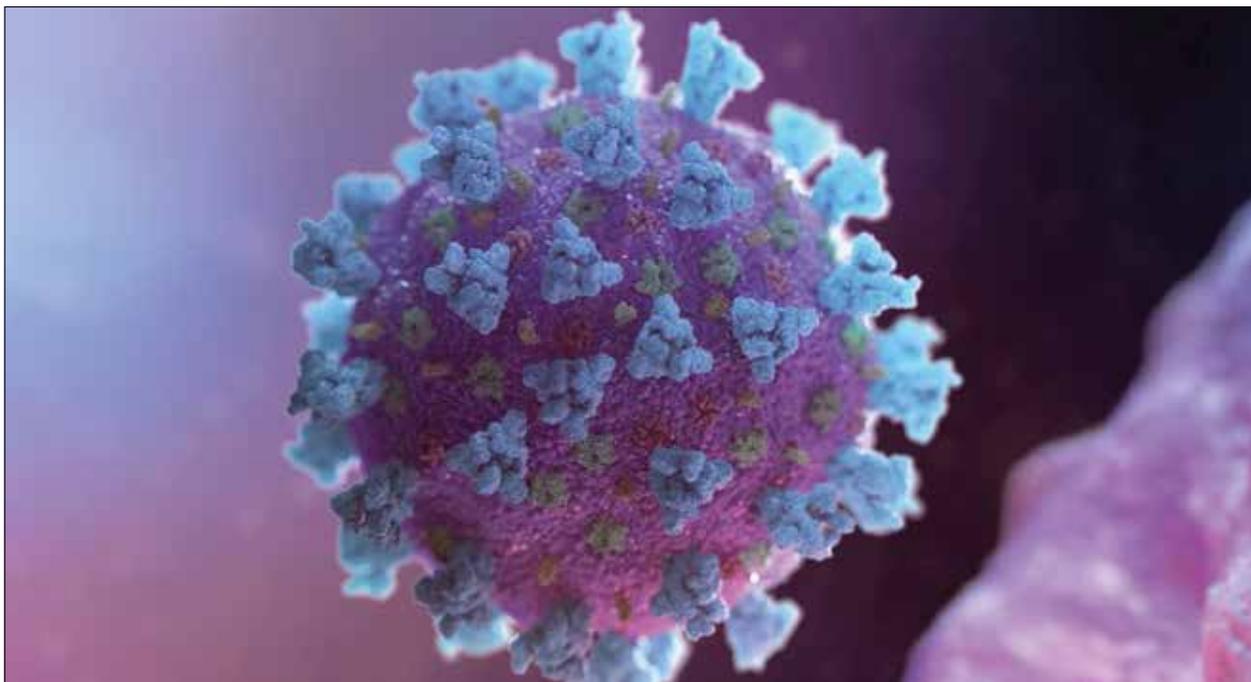
FERNANDO CHICA ARELLANO

El día 9 de agosto se celebra, como cada año, el Día Internacional de los Pueblos Indígenas. Hablamos de unos 476 millones de personas que habitan en 90 países, representando el 6,75% de la población mundial. Sus condiciones de vida están marcadas por la exclusión, la discriminación y la pobreza; por mencionar un único dato, las estadísticas oficiales indican que las poblaciones indígenas tienen una probabilidad tres veces más alta de vivir en pobreza extrema que el resto de sus connacionales. ¿Cuál es la situación de los pueblos indígenas en medio de la pandemia de covid-19?

Sin querer ser exhaustivo, es importante recordar, en primer lugar, que a lo largo de la historia hemos conocido numerosos episodios en los que una epidemia de tipo vírico o bacteriano ha diezmando la población indígena, debido a que no existen las mismas defensas en los diversos grupos humanos. El caso más conocido y dramático tuvo lugar en la América de los siglos XVI y XVII, cuando la viruela, el sarampión, la gripe, el tifus, la peste bubónica y otras enfermedades infecciosas esquilmaron la población local, en un grado incluso más intenso que las guerras de conquista o la explotación laboral. A mediados del siglo XX, un brote de sarampión redujo al pueblo Yanomani, en Venezuela y Brasil, a un tercio de su población previa. También en estos tiempos de covid-19 hay unos riesgos específicos para estas poblaciones tan vulnerables.

La crisis sanitaria de covid-19 se entrelaza con una crisis social, como hemos visto en muchas zonas del planeta. En este caso, particularmente, constatamos que a las dificultades epidemiológicas (especialmente agudas en el caso de los pueblos indígenas en aislamiento voluntario o “no contactados”) se suman una serie de graves limitaciones estructurales, que afectan tanto a los pueblos originarios que viven en zonas rurales como a los indígenas urbanos. Se trata de realidades tan básicas como el acceso a agua limpia y saneamiento, el sostenimiento de los medios tradicionales de subsistencia (por ejemplo, en el pueblo Batwa de Ruanda) o la ausencia de una cobertura sanitaria adecuada (por ejemplo, entre los Navajos de Estados Unidos).

La pandemia de coronavirus está mostrando la importancia de articular correctamente los diversos niveles de atención médica. Mientras los pueblos indígenas sufran de malnutrición y no puedan ejercer la soberanía alimentaria, es claro que quedarán muy debilitados para hacer frente a cualquier enfermedad. Los fallos estructurales y el abandono sistemático de las



poblaciones indígenas amazónicas por parte de los diversos estados se han puesto de manifiesto de modo dramático en esta coyuntura. A este respecto, cabe señalar que la Iglesia en territorio amazónico está escribiendo bellas páginas de solidaridad para salir al encuentro de los enfermos por covid-19, sobre todo entre los indígenas.

De acuerdo con los datos de la Red Eclesial Panamazónica (REPAM), a finales del pasado mes de julio, había 27.517 personas de pueblos indígenas contagiadas por covid-19, de las que 1.108 habían fallecido. Unos 190 pueblos o nacionalidades indígenas han sido afectados por la pandemia en los nueve países que conforman la Panamazonia. De manera particular, se está viendo cómo el coronavirus golpea a los indígenas ancianos, como en otras zonas del planeta, privando así de una fuente irremplazable de sabiduría ancestral. Cabe destacar, entre otros muchos nombres, el fallecimiento por covid-19 en el Perú del líder del pueblo Awajún Santiago Manuin, activo colaborador con la Iglesia local, que fue recibido por el papa Francisco en el encuentro con los pueblos de la Amazonia, en enero de 2018.

En medio de toda esta dolorosa situación, debemos subrayar la resiliencia de los pueblos indígenas, que es precisamente la temática escogida por las Naciones Unidas para la celebración del Día Internacional de los Pueblos Indígenas en 2020. Ante una patología tan novedosa como la covid-19, para la que no existe aún un tratamiento que permita curar la enfermedad, resulta muy conveniente controlar de

manera temprana los síntomas. En este ámbito, se han constatado iniciativas exitosas con prácticas de medicina tradicional entre los pueblos indígenas de Canadá, Colombia, Nepal y Congo, entre otros. Otra iniciativa relevante tiene que ver con el ritual tradicional de “KrohYee” (cierre de la aldea) entre el pueblo Karen de Tailandia, que se ha recuperado en el contexto de covid-19. Prácticas semejantes se han realizado en Malasia, Bangladesh y en diversos países de América Latina. Resulta evidente la importancia que tiene, para ello, el derecho a la autodeterminación de los pueblos indígenas y el derecho efectivo al territorio integral ancestral.

El papa Francisco, en su exhortación apostólica Querida Amazonia, escribió: “Nuestro sueño es el de una Amazonia que integre y promueva a todos sus habitantes para que puedan consolidar un ‘buen vivir’. Pero hace falta un grito profético y una ardua tarea por los más pobres” (n. 8). Y en el número 52 añadió: “Si el llamado de Dios necesita de una escucha atenta del clamor de los pobres y de la tierra al mismo tiempo, para nosotros el grito de la Amazonia al Creador, es semejante al grito del Pueblo de Dios en Egipto (cf. Ex 3,7). Es un grito de esclavitud y abandono, que clama por la libertad”. La celebración del Día Internacional de los Pueblos Indígenas, en estos tiempos de covid-19, supone, para todos nosotros, una llamada a escuchar este grito y a responder a él con nuestra plegaria humilde y nuestra solidaridad activa.

Respuestas a las dudas propuestas

Recientemente la Congregación para la Doctrina de la Fe ha tratado algunos casos de la administración del sacramento del Bautismo en los que se ha modificado de forma arbitraria la fórmula sacramental establecida por la Iglesia en los libros litúrgicos. Por este motivo, el Dicasterio ha preparado "Respuestas a las dudas propuestas", con una relativa "Nota doctrinal" que explica el contenido, para reclamar la doctrina acerca de la validez de los sacramentos conectada a la forma establecida por la Iglesia con el uso de las fórmulas sacramentales aprobadas, a fin de evitar someter la cuestión a interpretaciones y praxis desviadas y ofrecer una orientación clara. Publicamos, en estas páginas el texto de las "Respuestas a las dudas propuestas" y la "Nota doctrinal".

CONGREGACIÓN
PARA LA DOCTRINA DE LA FE
RESPUESTAS A LAS DUDAS PROPUESTAS
SOBRE LA VALIDEZ DEL BAUTISMO
CONFERIDO CON LA FÓRMULA

«Nosotros te bautizamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»

PREGUNTAS

Primera: ¿Es válido el Bautismo conferido con la fórmula «Nosotros te bautizamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»?

Segunda: Las personas para las cuales se ha celebrado el Bautismo con esta fórmula, ¿deben ser bautizadas en forma absoluta?

RESPUESTAS

A la primera: Negativo.

A la segunda: Afirmativo.

El Sumo Pontífice Francisco, en la audiencia concedida al infrascrito Cardenal Prefecto el 8 de junio de 2020, ha aprobado las presentes Respuestas y ha ordenado que sean publicadas.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 24 de junio de 2020, Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista.

LUIS F. CARD. LADARIA, S.I.
PREFECTO

GIACOMO MORANDI
ARZOBISPO TITULAR DE CERVETERI
SECRETARIO

Recientemente se han visto celebraciones del Sacramento del Bautismo administrado con las palabras: «Nosotros, el padre y la madre, el padrino y la madrina, los abuelos, los familiares, los amigos, la comunidad, te bautizamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Al parecer, la deliberada modificación de la fórmula sacramental se ha introducido para subrayar el valor comunitario del Bautismo, para expresar la participación de la familia y de los presentes y para evitar la idea de la concentración de un poder sagrado en el sacerdote, en detrimento de los progenitores y de la comunidad, que la fórmula presente en el Ritual Romano implicaría. Reaparece aquí, con discutibles motivos de orden pastoral, una antigua tentación de sustituir la fórmula tradicional con otros textos juzgados más idóneos. Al respecto ya Santo Tomás de Aquino se había planteado la cuestión «*utrum plures possint simul baptizare unum et eundem*», a la cual había respondido negativamente en cuanto praxis contraria a la naturaleza del ministro.

El Concilio Vaticano II declara que: «cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza». La afirmación de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia Sacrosanctum Concilium, inspirada en un texto de San Agustín, quiere reconducir la celebración sacramental a la presencia de Cristo, no solo en el sentido de que él le infunde su virtud para darle eficacia, sino sobre todo para indicar que el Señor es el protagonista del evento que se celebra.

La Iglesia en efecto, cuando celebra un sacramento, actúa como Cuerpo que opera inseparablemente de su Cabeza, en cuanto es Cristo-Cabeza el que actúa en el Cuerpo eclesial generado por él en el misterio de la Pascua. La doctrina de la institución divina de los sacramentos, solemnemente afirmada por el Concilio de Trento, ve así su natural desarrollo y su auténtica interpretación en la citada afirmación de Sacrosanctum Concilium. Los dos concilios se hallan, por tanto, en complementaria sintonía al declarar la absoluta indisponibilidad del septenario sacramental a la discreción de la Iglesia. Los sacramentos, en efecto, en cuanto instituidos por Jesucristo, se le entregan a la Iglesia para que los salvaguarde. Aparece aquí evidente que la Iglesia, aunque esté constituida por el Espíritu Santo como intérprete de la Palabra de Dios y pueda, en cierta medida, determinar los ritos que expresan la gracia sacramental ofrecida por Cristo, no dispone de los fundamentos mismos de su existencia: la Palabra de Dios y los gestos salvíficos de Cristo.

Resulta, por tanto, comprensible que, a lo largo de los siglos, la Iglesia haya custodiado con atención la forma celebrativa de los sacramentos, sobre todo en aquellos elementos que la Escritura refrenda y que permiten reconocer con absoluta evidencia el gesto de Cristo en la acción ritual de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha establecido, además, que «nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia». Modificar al propio arbitrio la forma celebrativa de un sacramento no constituye un simple abuso litúrgico, en cuanto transgresión de una norma positiva, sino también un vulnus infligido tanto a la comunión eclesial como a la posibilidad de reconocer en ella la obra de Cristo, que en los casos más graves hace inválido el sacramento mismo, porque la naturaleza de la acción ministerial exige transmitir con fidelidad lo que se ha recibido (cf. 1Cor 15, 3).

En la celebración de los sacramentos, en efecto, el sujeto es la Iglesia-Cuerpo de Cristo junto con su Cabeza, que se manifiesta en la concreta asamblea reunida. Tal asamblea, sin embargo, actúa ministerialmente —no colegialmente— porque ningún grupo puede hacerse a sí mismo Iglesia, sino que se hace Iglesia en virtud de una llamada, que no puede surgir desde dentro de la asamblea misma. El ministro es, por consiguiente, signo-presencia de Aquel que reúne y, al mismo tiempo, lugar de comunión de la asamblea litúrgica con toda la Iglesia. En otras palabras,



«Responsum» de la Congregación para la Doctrina de la Fe a una duda

Sobre la validez del Bautismo conferido con la fórmula «Nosotros te bautizamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»

el ministro es un signo exterior de que el sacramento no está a nuestra disposición, así como de su carácter relativo a la Iglesia universal.

A la luz de todo ello se ha de entender cuanto enseña el Concilio Tridentino sobre la necesidad de que el ministro tenga la intención al menos de hacer lo que hace la Iglesia. La intención, sin embargo, no puede quedarse solo a nivel interior, con el riesgo de derivas subjetivas, sino que se expresa en el acto exterior que se pone, mediante el uso de la materia y de la forma del sacramento. Tal acto no puede por menos de manifestar la comunión entre lo que hace el ministro en la celebración de cada sacramento y lo que la Iglesia hace en comunión con la acción de Cristo mismo: por eso es fundamental que la acción sacramental sea realizada no en nombre propio, sino en la persona de Cristo, que actúa en su Iglesia, y en nombre de la Iglesia.

Por tanto, en el caso específico del Sacramento del Bautismo, el ministro no solo carece de autoridad para disponer a su gusto de la fórmula sacramental, por los motivos de naturaleza cristológica y eclesiológica más arriba expuestos, sino que tampoco puede declarar que actúa en nombre de los padres, los padrinos, los familiares o los amigos, y ni siquiera en nombre de la misma asamblea reunida para la celebración, porque el ministro actúa en cuanto signo-presencia de la acción misma de Cristo, que se realiza en el gesto ritual de la Iglesia. Cuando el ministro dice «Yo te bautizo...», no habla como un funcionario que ejerce un pa-

pel que se le ha asignado, sino que opera ministerialmente como signo-presencia de Cristo, que actúa en su Cuerpo, donando su gracia y haciendo de aquella concreta asamblea litúrgica una manifestación de «la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia», en cuanto «las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad”, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos».

Alterar la fórmula sacramental significa, además, no comprender la naturaleza misma del ministerio eclesial, que es siempre servicio a Dios y a su pueblo, y no ejercicio de un poder que llega hasta la manipulación de lo que ha sido confiado a la Iglesia con un acto que pertenece a la Tradición. En todo ministro del Bautismo, por lo tanto, debe estar bien enraizada no solo la conciencia del deber de actuar en comunión con la Iglesia, sino también la misma convicción que San Agustín atribuye al Precursor, el cual aprendió «que en Cristo habría cierta propiedad tal, que, aunque muchos ministros, justos o injustos, iban a bautizar, la santidad del bautismo no se atribuiría sino a aquel sobre quien descendió la paloma, del cual está dicho “este es el que bautiza en el Espíritu Santo” (Gv 1, 33)». Comenta, por tanto, Agustín: «Bautice Pedro, este [Cristo] es quien bautiza; bautice Pablo, este es quien bautiza; bautice Judas, este es quien bautiza».

En la audiencia general un nuevo ciclo de catequesis sobre la actualidad de la pandemia

Es necesario un espíritu creativo para sanar el mundo

«Sanar el mundo» es el tema del nuevo ciclo de catequesis inaugurado por el Papa Francisco, que en la mañana del miércoles, 5 de agosto, retomó las audiencias generales después de la pausa estival del mes de julio. Suspendiendo momentáneamente las reflexiones sobre la oración, el Pontífice quiso detenerse en la actualidad de la pandemia de covid-19 y, en el respeto de las medidas destinadas a contener la difusión del contagio, continuó llevando a cabo la audiencia en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, sin la presencia de fieles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La pandemia sigue causando heridas profundas, desenmas-carando nuestras vulnerabilidades. Son muchos los difuntos, muchísimos los enfermos, en todos los continentes. Muchas personas y muchas familias viven un tiempo de incertidumbre, a causa de los problemas socio-económicos, que afectan especialmente a los más pobres. Por eso debemos tener bien fija nuestra mirada en Jesús (cfr *Hb* 12, 2) y con esta fe abrazar la esperanza del Reino de Dios que Jesús mismo nos da (cfr *Mc* 1,5; *Mt* 4,17; CCC, 2816). Un Reino de sanación y de salvación que está ya presente en medio de nosotros (cfr *Lc* 10,11). Un Reino de justicia y de paz que se manifiesta con obras de caridad, que a su vez aumentan la esperanza y refuerzan la fe (cfr *1 Cor* 13,13). En la tradición cristiana, fe, esperanza y caridad son mucho más que sentimientos o actitudes. Son virtudes infundidas en nosotros por la gracia del Espíritu Santo (cfr CCC, 1812-1813): dones que nos sanan y que nos hacen sanadores, dones que nos abren a nuevos horizontes, también mientras navegamos en las difíciles aguas de nuestro tiempo.

Un nuevo encuentro con el Evangelio de la fe, de la esperanza y del amor nos invita a asumir un espíritu creativo y renovado. De esta manera, seremos capaces de transformar las raíces de nuestras enfermedades físicas, espirituales y sociales. Podremos



sanar en profundidad las estructuras injustas y sus prácticas destructivas que nos separan los unos de los otros, amenazando la familia humana y nuestro planeta.

El ministerio de Jesús ofrece muchos ejemplos de sanación. Cuando sana a aquellos que tienen fiebre (cfr *Mc* 1, 29-34), lepra (cf. *Mc* 1, 40-45), parálisis (cf. *Mc* 2, 1-12); cuando devuelve la vista (cf. *Mc* 8, 22-26; *Jn* 9, 1-7), el habla o el oído (cf. *Mc* 7, 31-37), en realidad sana no solo un mal físico, sino toda la persona. De tal manera la lleva también a la comunidad, sanada; la libera de su aislamiento porque la ha sanado.

Pensemos en el bellissimo pasaje de la sanación del parálítico de Cafarnaúm (cf. *Mc* 2, 1-12), que hemos escuchado al principio de la audiencia. Mientras Jesús está predicando en la entrada de la casa, cuatro hombres llevan a su amigo paralítico donde Jesús; y como no podían entrar, porque había una gran multitud, hacen un agujero en el techo y descuelgan la camilla delante de él que está predicando. «Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, tus pecados te

son perdonados» (v. 5). Y después, como signo visible, añade: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (v. 11).

¡Qué maravilloso ejemplo de sanación! La acción de Cristo es una respuesta directa a la fe de esas personas, a la esperanza que depositan en Él, al amor que demuestran tener los unos por los otros. Y por tanto Jesús sana, pero no sana simplemente la parálisis, sana todo, perdona los pecados, renueva la vida del paralítico y de sus amigos. Hace nacer de nuevo, digamos así. Una sanación física y espiritual, todo junto, fruto de un encuentro personal y social. Imaginemos cómo esta amistad, y la fe de todos los presentes en esa casa, hayan crecido gracias al gesto de Jesús. ¡El encuentro sanador con Jesús!

Y entonces nos preguntamos: ¿de qué modo podemos ayudar a sanar nuestro mundo, hoy? Como discípulos del Señor Jesús, que es médico de las almas y de los cuerpos, estamos llamados a continuar «su obra de curación y de salvación» (CCC, 1421) en sentido físico, social y espiritual.

La Iglesia, aunque administre la gracia sanadora de Cristo mediante los Sacramentos, y aunque proporcione servicios sanitarios en los rincones más remotos del planeta, no es experta en la prevención o en el cuidado de la pandemia. Y tampoco da indicaciones socio-políticas específicas (cfr S. Pablo VI, Cart. ap. *Octogesima adveniens*, 14 de mayo 1971, 4). Esta es tarea de los dirigentes políticos y sociales. Sin embargo, a lo largo de los siglos, y a la luz del Evangelio, la Iglesia ha desarrollado algunos principios sociales que son fundamentales (cfr *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 160-208), principios que pueden ayudarnos a ir adelante, para preparar el futuro que necesitamos. Cito los principales, entre ellos estrechamente relacionados entre sí: el principio de la dignidad de la persona, el principio del bien común, el principio de la opción preferencial por los pobres, el principio de la destinación universal de los bienes, el principio de la solidaridad, de la subsidiariedad, el principio del cuidado de nuestra casa común. Estos principios ayudan a los dirigentes, los responsables de la sociedad a llevar adelante el crecimiento y también, como en este caso de pandemia, la sanación del tejido personal y social. Todos estos principios expresan, de formas diferentes, las virtudes de la fe, de la esperanza y del amor.

En las próximas semanas, os invito a afrontar juntos las cuestiones apremiantes que la pandemia ha puesto de relieve, sobre todo las enfermedades sociales. Y lo haremos a la luz del Evangelio, de las virtudes teológicas y de los principios de la doctrina social de la Iglesia. Exploraremos juntos cómo nuestra tradición social católica puede ayudar a la familia humana a sanar este mundo que sufre de graves enfermedades. Es mi deseo reflexionar y trabajar todos juntos, como seguidores de Jesús que sana, para construir un mundo mejor, lleno de esperanza para las generaciones futuras (cfr Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre 2013, 183).

Entrevista con el padre Awi Mello

Contagiar al mundo con renovada esperanza cristiana

GIANLUCA BICCINI

El padre Alexandre Awi Mello, de casi cincuenta años, es desde 2017 el secretario del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida. Como director nacional del Movimiento de Schoenstatt en su país, pudo seguir de cerca al Papa Francisco en su primer viaje internacional del pontificado con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro. En esta entrevista el sacerdote brasileño cuenta al *L'Osservatore Romano* la propia experiencia de esos días y habla de las perspectivas de la pastoral juvenil en este tiempo marcado por la pandemia.

Del 22 al 29 de julio de 2013, exactamente hace siete años, la gente de Brasil —la nación con el mayor número de católicos en el mundo— pudo ver con los propios ojos al nuevo Pontífice, que llegó para celebrar la que fue definida como «una JMJ al ritmo de samba». Usted que es nativo de la metrópoli carioca, ¿qué recuerdos personales conserva con mayor afecto?

Ciertamente recuerdo sobre todo la calurosa acogida que el pueblo brasileño y los jóvenes de todo el mundo dieron al Papa. Él mismo dijo que estaba impresionado con esto. Guardo en mi memoria inúmeros gestos de cariño entre él y el pueblo, como por ejemplo en el encuentro privado con ocho jóvenes privados de libertad. En aquella ocasión, su capacidad de escucha —atenta, paciente y empática— me marcaron profundamente. Para mí fue también significativo acompañar al Santo Padre en el Santuario de Aparecida, donde nos conocimos y trabajamos juntos durante la inolvidable experiencia de la V Conferencia del CELAM (2007), cuyas líneas marcan aún hoy su pontificado.

En la primera JMJ del Papa Bergoglio muchos quedaron impresionado por la

invitación que hizo a los jóvenes argentinos a «hacer lío». ¿Usted cree que está invitación ha sido acogida? ¿Se puede hablar de una nueva generación de católicos ya no encerrados en las sacristías sino capaces de salir hacia el mundo como continúa pidiendo el Pontífice?

Aquel encuentro con los jóvenes argentinos no estaba previsto y el discurso fue totalmente espontáneo; brotó de su corazón entusiasta de pastor. En aquel tiempo yo trabajaba en Brasil con jóvenes y puedo asegurar que la invitación del Papa fue muy bien acogida. Fue el primer signo de la importancia que los jóvenes habrían adquirido en este pontificado. Con la JMJ de Río y el fuerte impulso misionero dado a los jóvenes, el Papa iniciaba un camino que culminaría en el Sínodo sobre «los jóvenes, la fe y el

¡Ser intérprete del Papa en Brasil fue una experiencia absolutamente inusitada! ¡En realidad no tuve mucho trabajo, visto que el Papa se comunicaba muy bien con los brasileños y todos entendían la fuerza de sus gestos y la ternura de sus palabras! Jamás habría imaginado colaborar tan directamente con otra JMJ en América Latina, menos aún estando de parte de la Santa Sede. Pero debo decir que, en lo personal, superó la experiencia de Río. Trabajar en la JMJ de Panamá fue una fuerte vivencia de comunión eclesial: el profesionalismo y la alegría del Comité Organizador de Panamá, unidos a una gran apertura y flexibilidad, me marcaron profundamente.

Entre los miembros del Movimiento de



discernimiento vocacional» (2018) y la publicación de *Christus vivit*; un camino que sigue en plena etapa de implantación por medio de tantas iniciativas en nuestro Dicasterio y en todo el mundo.

Usted que tuvo un rol significativo en la JMJ de Río, ¿habría imaginado ser llamado para organizar otra en el continente americano: la de Panamá en 2019?

Schoenstatt, al que usted pertenece, está profundamente enraizada la devoción a la Virgen. En tal óptica, ¿piensa que Francisco es un Papa mariano?

No tengo ninguna duda de esto. Más que una simple devoción, se trata de una espiritualidad mariana, enraizada en el santo Pueblo fiel de Dios, que marca la visión y el proyecto eclesial de su pontificado. Tuve la gracia de hacerle dos entrevistas, es-

cribir un libro y una tesis doctoral sobre este tema. El amor del Papa a la Virgen tiene todo que ver con la visión de una Iglesia en salida, con la revolución de la misericordia y de la ternura, y con la imagen de una Iglesia con trazos femeninos y maternos que él está promoviendo.

Finalmente una pregunta sobre la próxima edición de la Jornada Mundial de la Juventud que tendrá lugar en Lisboa, Portugal, en agosto 2023. Inicialmente prevista para el 2022, ha sido pospuesta un año por la emergencia del coronavirus. ¿Considera que las limitaciones y el aislamiento impuestos para afrontar el covid-19 puedan alejar a los jóvenes de la práctica religiosa?

Sinceramente creo que la pandemia está siendo una oportunidad para hacer llegar de forma diferente a los jóvenes la propuesta cristiana. El valor de la familia, de la comunicación, de los vínculos personales, del cuidado intergeneracional, de la solidaridad y tantos otros valores evangélicos están siendo ampliamente difundidos durante este tiempo particular. La Iglesia está aprendiendo también a hablar otros lenguajes. Espero que, superada ya la pandemia, la JMJ de Lisboa sea una gran oportunidad para recoger las lecciones aprendidas en este tiempo y que sea, para los jóvenes de todo el mundo, la posibilidad de encontrarse de nuevo personalmente para alimentar su fe de discípulos y ser enviados como misioneros a un futuro quizás difícil e incierto, dando «espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar», como dice el Santo Padre. Imagino a jóvenes que, volviendo a sus países, se sientan llamados a comprometerse en nuevas formas de hospitalidad, fraternidad y solidaridad, y que puedan «contagiar» sus comunidades con renovada esperanza cristiana.